



Bethlehem Ministry
OF THE ASSEMBLIES OF GOD

CONOCIMIENTO 19
ESCATOLOGÍA 2
EL REINO DE
DIOS EN LA
HISTORIA Y
SU TRIUNFO
FINAL



*“Y en los días de estos reyes, el Dios del cielo
levantará un reino que no será jamás destrui-
do... desmenuzará y consumirá a todos estos
reinos, pero él permanecerá para siempre.”
Daniel 2:44*

BOLETIN 681 - ESTUDIO 821
10 a 14 DE AGOSTO DE 2026

INTRODUCCIÓN

En el primer estudio de esta serie, conocimos a los tres grandes personajes del plan de Dios — Israel, la Iglesia y las naciones — y el telón de fondo que da sentido a todo: el Reino de Dios. Quedó allí una promesa abierta: el día en que la piedra heriría los pies de la estatua y todos los reinos de los hombres darían lugar al Reino eterno de Cristo. Ese es el asunto de ahora.

Dios llevó a Daniel al exilio en Babilonia. Lejos de casa, siervo en un palacio pagano, y fue justamente allí donde Dios le abrió el mapa de toda la historia del mundo. Qué lugar tan improbable para recibir la mayor clase de profecía jamás dada. Dios mostró a Daniel los grandes imperios que se levantarían, uno tras otro, y el Reino que sucedería a todos y nunca tendría fin.

Y lo hizo desde dos ángulos. Primero, por los ojos de un rey pagano: una estatua imponente, de metales preciosos, alta y brillante (Daniel 2). Después, por los ojos de Su profeta: cuatro bestias que suben de un mar agitado (Daniel 7). Guarde ese contraste desde ya, porque es el alma del estudio. Aquello que impresiona al hombre, cuando Dios mira, no pasa de ser una bestia. Vamos a recorrer ese mapa en tres pasos. Primero, la estatua y el rumbo de la historia. Segundo, las bestias y el verdadero carácter de los imperios. Y, por fin, la piedra: la vuelta de Cristo y el Reino que no tendrá fin. Y lleve una pregunta en el bolsillo todo el tiempo: si Dios “acertó”, uno por uno, la subida y la caída de cada imperio que aún ni existía, ¿será que Él va a errar la cuenta cuando el asunto sea nuestra vida? ¡Disfrute!

LA GRAN ESTATUA: DIOS REVELA EL RUMBO DE LA HISTORIA (DANIEL 2)

El segundo capítulo de Daniel suele llamarse *el ápice de la profecía*. Es aquí donde Dios traza, delante del rey de Babilonia y delante de nosotros, el panorama de la historia mundial, desde su época hasta el fin de los tiempos. Y todo comienza con un rey que no conseguía dormir.

El sueño que nadie conseguía explicar.

Base: Daniel 2:27-28

Daniel 2:27-28

“Daniel respondió delante del rey, diciendo: El misterio que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos, ni adivinos lo pueden revelar al rey; pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios.”

Imagine la escena: el hombre más poderoso de la Tierra, señor de un imperio que se extendía de un mar a otro, despierta en medio de la noche sudando, con el corazón acelerado. Un sueño lo sacudió por dentro. Él siente que aquello significaba algo enorme, pero los detalles se le escaparon como arena entre los dedos. Y no hay ejército, no hay oro, no hay palacio que traiga de



vuelta un sueño perdido. Por primera vez, toda la fuerza de Babilonia chocó contra un muro que no conseguía derribar.

Nabucodonosor tuvo un sueño que lo dejó perturbado, pero por la mañana no conseguía recordar lo que había visto. Entonces hizo una exigencia que quita el aliento: llamó a los sabios del reino y mandó que primero adivinaran cuál había sido el sueño, y después lo interpretaran. Nadie lo consiguió — claro que no. Y ahí está la primera lección del capítulo, escrita en letras grandes: la sabiduría del mundo tiene límite. Llega a un punto y se traba.

Daniel no era más inteligente que los magos de Babilonia. La diferencia de él no estaba en la cabeza; estaba en la rodilla. Él y sus amigos se juntaron para orar, y Dios reveló el secreto. Note el contraste: los sabios del mayor imperio del mundo, con toda su ciencia, se quedaron mudos; y un joven judío cautivo, de rodillas, recibió la respuesta del cielo. Es que hay secretos que no se alcanzan con estudio, solo con oración.

Hay problemas en nuestra vida que ningún especialista resuelve, que ninguna búsqueda en internet desentraña. Para esos, existe un Dios en los cielos que revela. Daniel nos enseña dónde tocar: no en la puerta de los encantadores de nuestro tiempo, sino en la puerta del trono de Dios.

La estatua y los cuatro imperios.

Base: Daniel 2:31-35; 2:37-40

Daniel 2:31-33

“Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen... La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido.”

Daniel describe la figura enorme y reluciente que el rey había visto, hecha de metales diferentes de la cabeza a los pies, y luego da la interpretación: cada parte es un gran imperio mundial, en el orden exacto en que aparecerían en la historia. La cabeza de oro es Babilonia. El pecho y los brazos de plata, el Imperio Medo-Persa. El vientre y los muslos de bronce, Grecia. Las piernas de hierro, Roma. Y los pies de hierro y barro, la forma final del poder humano en el fin de los tiempos. Dios escribió la historia antes de que sucediera.

Y hay un detalle que cambia el modo en que vemos el mundo. Los metales van empeorando de arriba hacia abajo. Oro, plata, bronce, hierro — y por fin hierro con barro. De lo más noble a lo más tosco. El hombre cree que la historia es una escalera que solo sube, que mañana siempre será mejor que hoy. Dios muestra lo contrario: sin Él, el mundo no evoluciona, degenera. La estatua no crece hacia arriba; se pudre hacia abajo.

Cada imperio y el sistema del mundo que dejó.

Antes de llegar a la piedra, vale la pena mirar de cerca cada imperio. Ninguno de ellos pasó sin dejar rastro. Cada uno añadió un ladrillo a aquello que la Biblia llama “este mundo” — el sistema humano montado aparte de Dios, que nace en Babilonia allá en Génesis 11 y solo termina cuando la piedra lo deshace. Vea lo que cada uno dejó de herencia.

Babilonia — la cabeza de oro. Fue el más brillante de los imperios, y por eso la cabeza de oro, el metal más precioso. Pero la herencia más duradera de Babilonia no fue el oro; fue un modo de organizar el mundo. Allí nació el molde: poder, ley y religión reunidos en torno a un trono, con el hombre en el centro y Dios afuera.

No es por casualidad que, al final de la Biblia, el sistema mundial que se levanta contra Dios todavía se llama “Babilonia, la grande” (Apocalipsis 17 y 18). La ciudad cayó, pero su espíritu atravesó los siglos. Cada vez que el hombre construye una torre para hacerse un nombre y prescindir de Dios, la vieja Babilonia está de pie otra vez.

Y no piense que esto es asunto solo de museo. Babilonia fue la civilización que levantó leyes, escritura, calendario, astronomía — mucho de lo que llamamos progreso comenzó allí. El problema nunca fue el progreso; fue el corazón detrás de él. Un pueblo que aprendió a medir las estrellas, pero no se inclinó ante Quien las creó. Una ciudad llena de saber y vacía de Dios. Esa es la firma de Babilonia, y reaparece en cada generación — incluida la nuestra,

que sabe tanto y adora tan poco.

Medos y Persas — el pecho y los brazos de plata. Después de Babilonia vino un imperio aún mayor en extensión, que unía a dos pueblos, los medos y los persas, en un solo cuerpo. La contribución de ellos al sistema del mundo fue la organización: la máquina de gobernar. Los persas dividieron un territorio inmenso en provincias, cada una con su gobernador, y crearon un sistema de leyes tan rígido que ni el propio rey podía volverse atrás después de firmar.

¿Recuerda la historia de Daniel en el foso de los leones? Fue arrojado allí porque el rey, aunque quería salvarlo, no pudo revocar su propio decreto (Daniel 6). Esa es la marca de Persia: la ley del hombre convirtiéndose en una jaula de la que ni siquiera quien la hizo puede salir. Y fue ese mismo imperio el que Dios usó para mandar a Israel de vuelta a su tierra — el rey Ciro, a quien la Escritura llama “ungido” del Señor, décadas antes de que naciera (Isaías 44 y 45).

Grecia — el vientre y los muslos de bronce. El tercer imperio no venció al mundo sobre todo por la espada, sino por la cabeza. La herencia de Grecia fue la cultura: la filosofía, las artes, el modo de pensar y, sobre todo, la len-



gua. El griego se convirtió en el idioma común del mundo entero, hablado desde Egipto hasta la India. Y aquí hay algo hermoso de la providencia de Dios: fue en esa lengua, esparcida por un conquistador pagano, que más tarde el Nuevo Testamento sería escrito y recorrería el mundo.

Dios usa hasta lo que el hombre hace por orgullo para preparar el camino del Evangelio. Pero Grecia también dejó la otra cara de la moneda: el orgullo de la razón humana que cree que se basta a sí misma, sin revelación. Es esa mentalidad la que Pablo enfrentaría de frente, más tarde, en medio de los filósofos de Atenas (Hechos 17).

Roma — las piernas de hierro. El cuarto imperio es el hierro, y el hierro tiene una característica: aplasta. Roma pisó y trituró a toda nación que no se doblegara. Su herencia al sistema del mundo fue la estructura: el derecho, las calzadas, las legiones, la máquina de dominación que ató al mundo por la fuerza y por la ley.

Y fue exactamente bajo esa estructura de hierro — la paz impuesta por Roma, las calzadas de Roma, y al final una cruz romana — que el Mesías vino al mundo y la Iglesia se esparció. Una vez más, Dios usó el imperio del hombre para Sus propósitos, sin que el imperio siquiera lo supiera.

Los pies de hierro y barro: el imperio del fin.

Base: Daniel 2:41-43

Daniel 2:41-42

“Y lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino

dividido... así, en parte, el reino será fuerte, y en parte, será frágil.”

Llegamos a los pies de la estatua, y aquí está el retrato de la última etapa del poder humano sobre la tierra. Los diez dedos son de hierro mezclado con barro. Note la mezcla: el hierro es fuerza, el barro es fragilidad, y los dos no se unen de verdad — “así como el hierro no se mezcla con el barro” (Dn 2:43). Es la imagen de un mundo que intenta unirse, pero no lo consigue: acuerdos que no cuajan, alianzas que se deshacen, una unidad de fachada que por dentro está agrietada. Poderoso por fuera, quebradizo por dentro. Es ese el poder humano en su última forma, poco antes del fin.

Piense en cuántas veces el mundo intentó unirse — imperios, tratados, bloques, acuerdos de paz. Hierro y barro. Por fuera, fuerza; por dentro, grietas. Solo hay una unidad verdadera, y no es construida por hombres: es la que Cristo traerá en Su Reino.

La piedra que se convierte en monte: el Reino que no tendrá fin

Base: Daniel 2:34-35; 2:44-45

Daniel 2:44

“Pero en los días de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido; ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, y él permanecerá para siempre.”

Y entonces, en el punto más alto de la visión, entra en escena una piedra.

Es cortada de un monte sin ayuda de manos — es decir, sin obra humana — golpea la estatua en los pies y la desmenuza toda. El oro, la plata, el bronce, el hierro, todo se convierte en polvo, y el viento se lo lleva, como se lleva la paja en la era. Y entonces la piedra empieza a crecer, crecer, hasta convertirse en un gran monte que llena toda la tierra. Daniel no deja margen a duda: esa piedra es el Reino de Dios. Y el Reino tiene un Rey. La piedra es Cristo.

Mire dónde golpea la piedra. No en la cabeza de oro, no en el pecho de plata, no en la mitad de la estatua. Desciende sobre los pies, en la última etapa del poder humano. Esto nos dice algo importante: el Reino de Dios no viene poco a poco, en medio de la historia, construido por la mano del hombre. Viene de una vez, al final, por la vuelta de Cristo. Nosotros no estamos edificando el Reino con nuestras fuerzas; estamos anunciando al Rey que lo va a establecer. Y note, además: la piedra no se queda siendo piedra. Se convierte en monte y llena la tierra. Lo que Jesús comenzó aparentemente pequeño — nacido en un pesebre, rechazado, muerto en una cruz — va a llenar el mundo entero. El cargo que Adán perdió en Edén, el último Adán lo recupera de una vez.

Todos los reinos humanos tienen fecha de vencimiento. La cabeza de oro se convirtió en historia. El hierro de Roma se oxidó y cayó. Todo imperio que un día se creyó eterno se convirtió en polvo de museo. Solo el Reino de Dios no se acaba. La pregunta es sencilla: ¿en cuál de esos reinos está usted construyendo su vida?

LAS CUATRO BESTIAS: LOS MISMOS REINOS, OTRO ÁNGULO (DANIEL 7)

Muchos años después del sueño del rey, ya viejo, Daniel tiene él mismo una visión. Y Dios le muestra los mismos cuatro imperios — pero de un modo bien diferente. Lo que para Nabucodonosor era una estatua de oro y plata, reluciente y majestuosa, para Daniel son cuatro bestias que suben de un mar revuelto. Es la misma historia contada por dos miradas. Y el cambio de figura es el mensaje: el poder humano se adorna de gloria por fuera, pero, cuando Dios mira por dentro, ve lo que realmente es — una bestia que desgarrar y devora.

León, oso, leopardo y la cuarta bestia.

Base: Daniel 7:1-8; 7:15-17

Daniel 7:3-4

“Y cuatro bestias grandes, diferentes la una de la otra, subían del mar. La primera era como león, y tenía alas de águila...”

Y cada bestia fue escogida a propósito. No son animales al azar: cada uno señala una marca real del imperio que representa. Vamos a mirar uno por uno, porque aquí la historia y la Biblia se abrazan de un modo que conmueve.



El león con alas de águila — Babilonia. No existe figura mejor para Babilonia que el león. Y no es invención: el león era, de hecho, el símbolo de la ciudad. La famosa Puerta de Istar, la entrada monumental de Babilonia por donde Daniel debió pasar, y la gran avenida que llevaba hasta ella, estaban revestidas de ladrillos azules brillantes con cerca de ciento veinte leones esculpidos, uno tras otro. El león era el animal de la principal diosa de la ciudad. Y el león alado — cuerpo de león, alas de águila — era una imagen común en el arte babilónico: el rey de los animales sumado a la reina de los cielos, el retrato del apogeo del poder y la gloria del imperio.

Por eso Daniel ve a Babilonia como un león con alas de águila. Pero mire el toque final: las alas le son arrancadas, y el animal es levantado del suelo y puesto de pie como un hombre, recibiendo un corazón de hombre. Es la propia historia de Nabucodonosor, que se llenó de orgullo y fue humillado por Dios, hasta reconocer, de rodillas, que “el Altísimo tiene dominio sobre el reino de los hombres” (Daniel 4). El león que se creía dueño del mundo tuvo el corazón cambiado — de bestia a humilde.

El oso levantado de un lado — el Imperio Medo-Persa. La segunda bestia es un oso, pesado y hambriento. Se levanta “de un lado”, y esa es una pincelada exacta: eran dos pueblos unidos, los medos y los persas, y el lado persa se irguió más alto y pasó a mandar. Y el oso trae tres costillas en la boca — las tres grandes conquistas que lo hicieron el mayor imperio que el mundo había visto hasta entonces.

La historia nos dice cuáles fueron: Lidia, en la actual Turquía, tomada alrededor del 546 a.C.; la propia Babilonia, tomada en el 539 a.C.; y Egipto, conquistado alrededor del 525 a.C. Tres reinos engullidos, tres costillas entre los dientes. Y la orden que recibe la bestia — “levántate, devora mucha carne” — describe con precisión el hambre de conquista de ese imperio, que se extendió, como dice la Escritura, desde la India hasta Etiopía (Ester 1:1).

El leopardo de cuatro alas — la Grecia de Alejandro. Si el oso era pesado, la tercera bestia es lo opuesto: pura velocidad.

Un leopardo ya es el más veloz de los grandes felinos; este todavía tiene cuatro alas en la espalda. Dos alas ya serían rapidez; cuatro es una rapidez que no se explica. Y fue exactamente eso la Grecia de Alejandro el Grande.

En poco más de diez años, partiendo de un reino pequeño en el norte de Grecia con un ejército modesto, ese joven derrotó al gigantesco Imperio Persa y llevó su dominio desde Europa hasta el río Indo, en la frontera de la India — decenas de miles de kilómetros de campaña, sin perder una sola batalla. A los treinta y tantos años, dicen, lloró porque ya no había más mundo conocido para conquistar. Ningún imperio avanzó tan lejos tan rápido. El leopardo alado es el retrato perfecto. ¿Y las cuatro cabezas de la bestia?

Apuntan a lo que vino después: Alejandro murió joven, de repente, sin dejar un heredero a la altura, y el imperio fue repartido entre cuatro de sus generales — exactamente, siglos antes, como Daniel había visto. La historia obedeció al libro.

Deténgase y piense en el tamaño de esto. Siglos antes de que Alejandro naciera, antes de que Grecia fuera potencia, Dios ya había dibujado su ascenso, su velocidad y hasta la división de su imperio en cuatro. Si Dios conoce así el futuro de los imperios, cuánto más conoce y cuida el mañana de cada hijo Suyó.

La cuarta bestia — terrible y sin nombre. La última es indescriptible. Daniel no la compara con ningún animal, porque ninguno sirve. Tiene dientes de hierro, devora, aplasta y pisotea lo que sobra. Es el mismo hierro de las piernas de la estatua: el poder que tritura todo lo que no se somete a él. El profeta solo consigue decir que era “espantosa y terrible en gran manera” (Dn 7:7). Es delante de esa bestia que la escena va, de repente, a cambiar por completo.

Guarde el contraste que atraviesa los dos capítulos. Para el rey de Babilonia, el poder de los hombres parecía oro y plata. Para Dios, que ve el corazón, los mismos imperios son bestias que desgarran. Así es como la Palabra nos enseña a mirar a los grandes poderes de este mundo: por fuera, esplendor; por dentro, el hambre de quien gobierna sin Dios.

El trono, el Anciano de días y el Hijo del Hombre.

Base: Daniel 7:9-14

Daniel 7:13-14

“Yo estaba mirando en mis visiones de la noche, y he aquí que venía en las nubes del cielo uno como el Hijo del Hombre... y le fue dado el dominio, y la honra, y el reino... su dominio es un dominio eterno, que no pasará.”

Mientras la cuarta bestia todavía ruge y se jacta, la cámara de la visión de repente sube. Sale del mar revuelto de las bestias y apunta hacia el cielo. Allí, se ponen tronos, y el Anciano de días — Dios mismo — se sienta para juzgar, rodeado de miles y miles que Lo sirven. El tribunal del cielo se abre.

En medio de esa escena de gloria, aparece “uno como el Hijo del Hombre”, viniendo en las nubes, y recibe del Anciano de días un dominio que jamás pasará, sobre todos los pueblos y naciones. Ese es Jesús.

Mientras el poder humano gastaba sus últimas palabras de orgullo, el Reino ya estaba siendo entregado, en el cielo, en las manos del Hijo. Y aquí los dos capítulos se abrazan. La piedra de Daniel 2 y el Hijo del Hombre de Daniel 7 son la misma persona: Cristo. La piedra que desmenuza la estatua es el Rey que recibe el Reino eterno. Ningún imperio humano duró; el dominio de Él no va a pasar nunca.

LA PIEDRA DESCENDE: LA VICTORIA FINAL DE CRISTO

Vimos los imperios en la estatua y las bestias en la visión. Vimos al Hijo del

Hombre recibiendo el Reino. Llegamos al punto hacia donde todo apunta — no la victoria de un imperio humano más, sino el triunfo definitivo del Reino de Dios, con la vuelta de Cristo en gloria.

Y, antes de que todo se consume, hay un pueblo que Dios no olvidó.

El pueblo que Dios no olvidó.

Base: Zacarías 12:10; 13:9; Romanos 11:26

Zacarías 12:10

“Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y harán duelo por él como se hace duelo por hijo unigénito.”

Antes de que la piedra descienda, Dios ajusta las cuentas de amor con Su pueblo Israel. En el primer estudio, vimos que la nación, en su mayoría, no reconoció a su Rey cuando Él vino. Pero Dios no desistió. La Escritura promete un día en que Él derramará sobre Su pueblo el Espíritu de gracia y de súplicas, y ellos mirarán a Jesús — Aquel que fue traspasado — y lo reconocerán

como Mesías, con un llanto profundo, como quien llora por un hijo único. No necesitamos entrar hoy en todos los detalles de cómo y cuándo; basta guardar lo esencial: Dios no abandonó a Israel, y un día ese pueblo mirará a Cristo y llorará de arrepentimiento.

Y note una palabra preciosa: remanente. La Escritura habla de un resto del pueblo que será probado como se prueba el oro en el fuego, hasta decir: “Jehová es mi Dios” (Zc 13:9).

Fue siempre así en la historia. En los días de Elías, cuando parecía que todos se habían doblegado ante Baal, Dios había guardado siete mil que no doblaron la rodilla. En los días más oscuros, siempre hubo un resto fiel. Dios nunca se quedó sin testigo en la tierra — y no se quedará sin Israel.

Es ese remanente el que, al final, reconocerá a su Rey. Lo que la nación rechazó un día, el remanente lo ha de aceptar.

Esa es una palabra de esperanza también para nosotros. En las horas en que parece que la fe desapareció del mundo, que ya nadie cree, recuerde: Dios siempre tiene Su remanente. Usted puede ser parte de ese resto fiel en su familia, en su trabajo, en su calle. Dios nunca se queda sin testigo.



La vuelta del Rey y el fin del poder humano.

Base: Zacarías 14:4,9; Mateo 25:31-32; Daniel 7:11

Mateo 25:31-32

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria; y serán reunidas delante de él todas las naciones...”

Al final, las naciones se juntarán contra Jerusalén, pero el Señor saldrá a pelear por Israel. Aquel mismo Jesús que fue muerto hace casi dos mil años descenderá en gloria; Sus pies se afirmarán sobre el monte de los Olivos, exactamente de donde subió, y en aquel día “Jehová será uno, y uno su nombre” (Zc 14:9). Y el poder humano que se levantó contra Dios llegará a su fin. La bestia que rugía es matada; el orgullo que hablaba grandezas se calla de una vez (Dn 7:11). Es el cumplimiento de la piedra sobre los pies de la estatua: todos los reinos de los hombres reducidos a polvo, sin dejar rastro. Y en el lugar de ellos se levanta un Reino completamente diferente. Ninguna mano humana lo construyó, ningún ejército lo sostiene. Es un Reino divino, eterno, que no se quiebra.

El Reino que no tendrá fin.

Base: Apocalipsis 20:1-6; Isaías 11:6-9; 65:21-25; Filipenses 2:9-11

Isaías 11:9

“No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar.”

¿Y cómo será ese Reino? La Biblia lo pinta con colores que dan nostalgia de

un lugar donde nunca estuvimos. Un tiempo de paz de verdad, sin guerras, cuando las espadas se conviertan en rejas de arado (Is 2:4). Un tiempo de justicia, porque el Rey juzgará con rectitud. Un tiempo de abundancia y de vida larga, cada uno bajo su vid, comiendo de su propio fruto (Is 65:21-22). Y hasta la naturaleza restaurada, el lobo morando con el cordero, el niño jugando donde antes había peligro, los animales perdiendo la ferocidad (Is 11:6-9). Será el tiempo más bendecido que este mundo verá desde el jardín del Edén — el cargo de administrador que Adán perdió, por fin recuperado por Cristo, el último Adán. No estamos viviendo ese Reino ahora; estamos esperándolo.

Y esa espera no es de brazos cruzados. Mientras el Rey no vuelve, Él nos dejó trabajo por hacer: anunciar Su nombre, cuidar de Su obra, vivir como gente que sabe hacia dónde camina la historia. Quien espera de verdad el Reino no vive como quien pertenece a este mundo que va a pasar, sino como quien ya tiene el corazón afirmado en el Reino que no pasa. Nuestra esperanza tiene dirección, tiene fecha en el calendario de Dios, y tiene un Rey con nombre: Jesús.

Filipenses 2:10-11

“para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”

¿Y hacia dónde apunta toda esa historia? Hacia una sola persona:

Jesús. Todo el plan inmenso — los imperios, Israel, las naciones, los siglos — corre en dirección a la exaltación del Hijo. La historia no es una rueda que gira sin ir a ningún lugar; es un camino, y lleva al trono de Cristo. Los reinos van a pasar, como ya pasaron tantos, pero el Reino de nuestro Señor no tendrá fin. Y en aquel día, toda la creación se doblará delante de Él.

CONCLUSIÓN

En el exilio de Babilonia, lejos de casa, Daniel recibió el mapa de toda la historia humana. Y el mapa es sencillo de leer: los imperios del hombre tienen plazo; el Reino de Dios no lo tiene. Babilonia brilló como oro y cayó. Persia devoró como oso y pasó. Grecia voló como leopardo y se partió. Roma pisó todo como hierro y desapareció. Cada uno dejó su marca en el sistema del mundo, y ninguno quedó en pie. Todos se convirtieron en polvo de museo. Pero la piedra que Dios corta sin manos humanas no se convierte en polvo — se convierte en monte, y llena la tierra entera.

Esa es nuestra esperanza. El mundo puede parecer un caos, el poder puede parecer estar en las manos equivocadas, pero la historia tiene dueño, y camina hacia un fin ya escrito: el trono de Cristo. Si Dios acertó, uno por uno, cada imperio que aún ni existía, podemos descansar en que Él no va a errar la cuenta de nuestra vida. El mismo Dios que fue fiel a Israel por miles de años es fiel a nosotros hoy.

Apocalipsis 11:15

“Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cris-

to, y él reinará por los siglos de los siglos.”

Mientras ese día no llega, nuestro lugar está definido: no somos constructores del Reino, somos embajadores del Rey. Anunciamos que Él vino, murió, resucitó y va a volver. En el próximo y último estudio de esta serie, veremos el otro lado de esa moneda: la fidelidad en el servicio cristiano y las recompensas delante del tribunal de Cristo. Porque servirá para siempre al Reino eterno quien sirvió con fidelidad al Señor aquí en esta tierra. Maranata — ora, ven, Señor Jesús.

Pr. João Leno
Lisboa, Portugal

BIBLIOGRAFÍA

- Sociedade Bíblica do Brasil. Bíblia Sagrada — Almeida Revista e Corrigida (ARC). Barueri: SBB, 2009.
Casa Publicadora das Assembleias de Deus. Declaração de Fé das Assembleias de Deus. Rio de Janeiro: CPAD, 2017.
SILVA, Severino Pedro da. Daniel, Versículo por Versículo. 15ª ed. Rio de Janeiro: CPAD, 2004.
WOODS, Andrew M. O Reino Vindouro: O que é o reino e por que ele ainda não está presente? Porto Alegre: Chamada, 2020.
GILBERTO, Antonio. O Calendário da Profecia. Rio de Janeiro: CPAD, 1985.
POMMERING, Claiton Ivan. O Plano de Deus para Israel em meio à Infidelidade da Nação. Rio de Janeiro: CPAD, 2021.
BALDWIN, Joyce G. Daniel — Introdução e Comentário. São Paulo: Mundo Cristão, 1983.



Bethlehem Ministry of the Assemblies of God

United States

- . California
- . Florida
- . Georgia
- . Hawaii
- . Illinois
- . Maryland
- . Massachusetts
- . Mississippi
- . Nebraska
- . North Carolina
- . Ohio
- . Pennsylvania
- . South Carolina
- . Texas
- . Utah
- . Virginia
- Washington, DC
- . Washington State

Europe

- . Austria
- . Bangladesh
- . Belgium
- . Czech Republic
- . Denmark
- . France
- . Germany
- . Ireland
- . Italy
- . Luxembourg
- . Holland
- . Portugal
- . Spain
- . Sweden
- . Swiss
- . United Kingdom

Asia

- . Bangladesh

Oceania

- . Australia
- . New Zealand

Caribe

- . Haiti

Africa

- . Mozambique

